

# Inmediaciones del delirio

## MARTHA CHAPA

Apelo a su comprensión por mi arrebatado de valentía, pues constituye todo un atrevimiento escribir con motivo de un libro premiado, que al propio tiempo conlleva, como es natural, un análisis literario. Por momentos sentí que era imposible esbozar algunas líneas en torno al reciente trabajo poético de Alejandro Ordorica, con quién nos une la pasión por el arte. Sin embargo, también debo confesar mi adicción a los retos, especialmente cuando me impulsa, como ahora, el aliciente de compartir esta dicha inmensa con Alejandro Ordorica, mi compañero de vida.

Asimismo me dio fuerzas en la noche que presentamos el libro el aprecio de tantos amigos, compañeros de aventuras culturales así como la cálida compañía de mi hermana Ofelia Medina, mujer comprometida con la amistad y con su tiempo. Aproveché la ocasión para felicitarla por el Ariel que una noche antes había recibido por coactuación en *Voces Inocentes*. Y por supuesto me sentí muy honrada por los distinguidos integrantes de mesa y también del auditorio, pues estuvieron pre-



John McGhee

sentes grandes escritores de la talla de Beatriz Espejo, Silvia Molina, Emmanuel Carballo, Agustín Monsreal, Paco Ignacio Taibo, Jorge Ruiz Dueñas, Héctor Anaya, y otra personalidades como Manuel de la Cera, Benito Mirón Virgilio Caballero, Ursúa, entre muchas otra. Por supuesto expresé mi agradecimiento por su hospitalidad al Director del Instituto Nacional de Bellas Artes, Saúl Juárez, quien es reconocido por su talentoso trabajo frente a esta institución y por supuesto me alegré que nos acompañara la familia de mi pareja tanto sus hermanas como sus hijos y hasta su maravilloso nieto. Hice una mención especial para su hijo Andrés, ya que desde hace varios años (ahora sólo cuenta con 16 de edad), ha dado muestras de su precoz y evidente talento como escritor. Asimismo nos acompañó mi hermano Gerardo Chapa, siempre solidario así como un grupo de amigas que no menciono su nombre, porque ellas saben muy bien que me refiero a ellas. Y desde luego exalté el entusiasta trabajo de Federico Corral, quién dirige los destinos de *Tinta Nueva*, bujía de tan emotivo encuentro.

Advierto que la obra de Alejandro se caracteriza por las sugerentes imágenes provenientes de sentimientos profundos. Me convierte irremisiblemente en protagonista sin pedirlo, pero tampoco puedo negar que lo había deseado.

La esencia misma del libro *Las inmediaciones del delirio* refleja la fina poesía y el talento excepcional de Alejandro Ordorica, quien con esta obra ganó el VII Premio Nacional de Poesía Tintanueva 2005. Y ya metida en estos peligrosos vericuetos, quiero expresar también la emoción que me ha provocado acariciar y deleitarme no sólo con las Inmediaciones, sino con el delirio mismo de las veinte manzanas que conforman este ensueño frutal. En especial me subyuga la "Oda", en la parte final, la cual se convierte en emblema de las manzanas que han sido el centro de mi trabajo plástico.

Déjenme decirles que en la búsqueda de una iconografía propia en mi obra apareció este símbolo (que por cierto ya debe dejar de ser prohibido como tantas otras cosas que se consideraban así), con el que se gestó una alquimia misteriosa. Y así nació esta inspiración. La manzana encarna el adjetivo del universo y no sólo me conformé con ello, sino que por ósmosis febril transmití la necesidad a Alejandro de una bella obsesión que en lo personal me ha permitido explicarme algunos enigmas de la existencia, la incógnita que dio origen a la pareja, la sabiduría, el bien y el mal, la desobediencia y la duda como origen del conocimiento.

Pintar una manzana es imponerle a la imaginación, ese difícil nombre del recuerdo, la tarea de convocar un caudal de perfumes, texturas y colores que llegan hasta ella desde los múltiples jardines trazados por los mitos de los hombres; es recuperar súbitamente un verde paraíso pletórico de bestias inocentes que bajan a beber el agua mansa del amor. Desde la Biblia, desde Milton, desde la anciana voz de las mujeres de mi tierra, imagino al paraíso como un lugar pletórico de frutos que inundan a una pareja que cumple su unión inaugural. De manzana en manzana he dejado múltiples testimonios de mi empeño. He descubierto que en la redondez de un fruto se puede concebir la vida misma.

Y aún cuando mi ego debería crecer exponencialmente por haber suscitado esta obra, no permito que se albergue tal sentimiento en mi ser, ya que he adquirido el compromiso de visualizar desde otro ángulo los apegos humanos.

Estas frutas ordoricianas de absoluta alucinación se ubican más allá de las circunstancias, esconden los herméticos abismos del alma, los vericuetos de una sensibilidad tan delicada como aguda. Se trata de una obra que da impulso a la vida misma, cosecha del amor, inmersa en lo más recóndito de la creación, y que por ello encarna secretos de la existencia delicados a la vez que exci-



Jorge López

tantes. Ha hecho volar mi imaginación en la frenética búsqueda de lo infinito, de ese tiempo sin tiempo. Por otra parte a él le sucede algo parecido, pues su poesía es una mágica plataforma cuyo material representa una misteriosa entrega y emociones sólo asequibles para aquellos que han encontrado la llave que obliga a estallar las puertas de un espacio amoroso e infinito, sereno, repleto de sorpresas y de luz. Una conmoción cotidiana e insólita a la vez, sólo transitable para quienes impulsan su embarcación con los vientos de los ensueños, que emanan de ese amor arrebatado y tierno, de éstas y otras latitudes. Pero es tan real que tiene la capacidad de ironizar y de reírse de los paraísos falsos de la modernidad, el individualismo exacerbado, la manipulación, el mesianismo, la ignorancia y el fanatismo.

La magia del amor es tan compleja que nadie sabe –tanto menos los involucrados– qué caminos puede recorrer. Es un río de sentimientos caudalosos que tiene la capacidad de fluir por diferentes afluentes, pero que siempre habrá de desembocar en ese mar sublime que es indefinido por infinito y misterioso, ya que rebasa los parámetros humanos del tiempo, del espacio y hasta de la lógica racional. Y la manzana aquí refulge como símbolo de

devoción que posee códigos, claves, matices, texturas, aromas muy particulares; colores y tersuras, como paradigmas de libertad, conciencia, fertilidad, tentación, paz y concordia, salud e inmortalidad, sabiduría, pero también de la imaginación capaz de apoderarse del universo. Encarna las más encontradas sensaciones, pues la conmoción no se queda en su cáscara, llega a las entrañas mismas: a la pulpa y el corazón del fruto mítico que ha prevalecido sobre el destino humano.

Nuestra manzana es humanidad, con todos sus destellos y noblezas, con todas sus grandezas y por momentos, pequeñeces. Y junto a ustedes me regocijo de este merecido honor para él imposible dejar de recordar en esta ocasión las manzanas que me regaló por primera vez para la exposición que presenté en el Palacio de Minería; pero exalto una a una las que contiene esta obra con gran júbilo y emoción; gozaré sobre todas las cosas el milagro de este encuentro, a la vez que bendigo la primera manzana que dejó mi padre en mi buró, porque desde ese momento iluminó mi sendero y destino. ■

Abril 22 del 2005

enlachapa@prodigy.net.mx